

# AMISTAD

Una gota de rocío  
a veces nutre a una flor  
si la consume el estío...  
yo vivo cerca de un río  
y me muero de calor.

¡Una frase... una palabra  
que colmara mi ansiedad...  
céfiro fresco de un abra...  
ese contento que labra  
lo fecundo en la amistad!

¡Algo que diga al sentir  
entre el lento batallar,  
que es un contento el vivir  
si hay quien sabe sonreír  
a nuestro tierno anhelar!..

¡Algo que no niegue aquello  
que un estimar despertó...  
algo así como un destello  
del canto amoroso y bello  
que nuestra cuna meció:..

¡Voz del cielo, que consuela:  
canto de un ave canora  
que en el puro espacio vuela...  
astro que en la mar riela  
y que las sombras devora!

¡Una palabra... un acento  
ajeno de todo aliño,  
como brota el pensamiento...  
como se expresa el contento  
por el corazón de un niño!

ADRIAN CANELADA

## ANDAR Y ESCRIBIR

# TIERRA de LEVANTE

## EL PAISAJE DE LIRIA

**S**URGE ante mí la perspectiva de Liria. Quiero conocer el paisaje de Liria, aspirarlo sensualmente de una vez, y me acompaña el amigo liriano. Mejor que el libro, el amigo y el conocimiento directo. ¿Cómo será Liria? Desde que los del 98 descubrieron el paisaje, somos algo más visionarios y conocemos mejor España. Porque el amor al paisaje nos descubrió el país, que hasta entonces nos era desconocido. Desconocido en costumbres, espíritu y fisonomía. ¿Podría haber así un buen historiador de España? Apunto bien, nadie lo dude. A los españoles comenzamos a entenderlos cuando los hombres de letras se van por ahí, por caminos, mesones y trochas, a la aventura, sin libros, con sólo lápiz y cuadernito. ¡Y qué de estupendos entuertos se descubren!

En el capítulo de sensaciones, una tiene perfil de secreto: Liria, a treinta kilómetros de Valencia, la sentimos lejana. Para llegar a ella nos parece que recorrimos cien kilómetros, con toda su resonancia. Liria tiene lejanía. Más allá de la Cañada de Paterna, el amigo abre el alma con énfasis:

—¡A Liria sólo le falta el mar humillado a sus plantas!

Nos vamos aproximando al valle de Liria. Cuando se viaja, gana el alma en perceptividad. Los cambiantes de luz, de formas, de colores, de movimiento, hacen de nuestro «yo» como un caleidoscopio psicológico. Aspiro sensualmente el paisaje. Por mis ojos entornados entra a raudales el proteico paisaje edetano. Ignoro cuanto veo; no he venido preparado; el espíritu es virgen ahora. Mejor. ¡Oh, estas veredas de pinos del umbral del valle de Liria!

—Verás, verás—exclama el amigo. soñador—¿Verdad que estos pinos con aquellas rocas, esos regatos, las colinas cercanas, los cabezos de allá, parecen uno de esos fondos de atardecer del renacimiento italiano?

—Pinos de Valencia—sueño yo—con regatos cerca... Es un encanto nuevo. Parecen más humanos estos pinos.

Trazo con mi lápiz unos rengloncitos breves.

¿Qué pensarán los pinos,  
años y años,  
quietos, humildes  
bajo el azul cobalto?

¿Qué pensarán los pinos,  
de nuestro paso...;  
qué del agua que corre  
por el regato?

—Eso es—asiente el amigo—. Hay que cantar a nuestro suelo. Los poetas valencianos con esa moda de la poesía universitaria y

creacionista, se olvidaron del suave paisaje valentino. Liria misma, necesita su cantor. Porque Liria, en un orden regional, sigue a Sagunto en antigüedad histórica. Y no sólo Liria, sino los pueblos encerrados en esta nava que se abre... Eliana, La Vallesa, Ribarroja, Puebla de Vallbona, Benisanó... La antigua Edetania de los romanos encerraba veinte ciudades, de las cuales Edeta—Liria—era la capital. Bello nombre, bella capitalidad. La antigüedad romana trasciende de este suelo, de esas cumbres. Dime, ¿no es digno de ser cantado este valle?

—Sobre todo por su belleza.

—Pues verás cosas del interior de la ciudad que te gustarán más. Lástima que nuestras bellezas regionales no sean suficientemente difundidas. Creo que sólo hay una publicación que trata de esas cosas, y tiene un carácter oficial. La gente no tiene de Liria otra referencia que las fiestas de San Miguel y las dos bandas de música tan galardonadas por España. Diríamos que sus bandas son su heraldo, bello heraldo por cierto. ¡Ay, cuántas ciudades lo quisieran! La vitalidad de este pueblo en la música es extraordinaria, pero Liria aun es más, amigo.

—¿Bella historia que contar?

—Oh, sí... pero mira a Liria allá al fondo, al abrigo de aquellos grandes cerros rocosos. En la cumbre, el Monasterio de San Miguel...

—Maravillosa estampa. El valle cierra con los montes dorados de Liria todo un vergel esplendoroso.

—Llegamos a la Vallesa de Mandor y el Pla... Lindos nombres. Ese caserío,— se llamaba la Masía de los Inquisidores, no sé por qué,— por su semejanza a un señorío rural en nacimiento, y agrupado en torno a ese vetusto caserón, pertenece a Ribarroja. A los pies del jardín del caserón o masía, pasa el Turia, claro y clásico entre chopos. Ribarroja asoma sus dos campanarios por allá. Perteneció al señorío del conde de Revillagigedo, cuyo castillo feudal se alza como un tenebrario de aquella edad. Es interesante la página agrofeudal que vivieron el conde y los siervos. Hay también en el pueblo unas ruinas romanas ilustres, que las crónicas denominan «Valencia la bella». Pero lo más interesante para mí, de ese pueblo tan sugeridor, es la tristeza de sus moriscos, que fueron los primeros exatriados que partieron para África en 1609. Así lo dicen los crónicas. Los poetas— ¡Ay!— no dicen nada... A la derecha, una casona de labor con espadaña y unas casitas blancas, formando un mosaico

— Es Torre del Virrey... Más allá, Puebla de Vallbona. ¿No parece un motivo oriental? Mira su cúpula verde con unas palmeras abiertas en torno. ¿Ves a la derecha, enmarcado por los bastiones de la sierra de Espadán y Bétera— ¡Oh, el retiro del poeta Querol en su masía!— una mancha sombría sobre un pequeño recuesto. Es el castillo de Benisanó, que erigió Mosen Luis Villarrasa de Cabanilles. Foso, almenas, torre del homenaje, cubos, plaza de armas, salones y camaretas... Macizo castillo. Rica mansión rural, que con-

serva el paso decadente de la egregia figura de Francisco I, prisionero tras de sus muros. El monarca vagó de caza, por el égido del castillo. El valle esplende verdoros y lozanía. ¡Cuánta poesía de gay saber! Trovadores y romanceros árabes compondrían las estrofas jugosas como esta nava, de las más hermosas del antiguo reino. El paisaje de la ciudad va acercándose con sus enormes cerros violentos y dorados, llevando en la cumbre el famoso monasterio.

El amigo suspira con ese retorno a su ciudad. Parece un árabe enamorado con sus palabras encendidas como gemas.

—Mi Liria, lejana Edeta, virgíliana Lauro... Ver otra vez sus cerros cretáceos, dorados, con la poesía liriana del agua corriendo por sus faldas... Evocaré los días de Pompeyo, cuando este tribuno y Sertorio libraron gran batalla por la ciudad, dejándola en llamas. Aquel templo que hacía culto a las ninfas... Los dioses tendrían aquí a la voz mística de los enormes cerros y a la invocación de las almas sensibles a la religión de la naturaleza, sus lugares sagrados propicios. Las palomas de la gracia, holocausto, aticismos e himeos sagrados, serían ofrendas tan bellas en esta tierra divina. Eso, ofrenda todo a los dioses, la misma vida entre los viñedos y olivos y estos granados tan lindos que crecen al pie del cerro. Plinio ensalzó a mi ciudad... Y evocaré el tiempo de los árabes, lleno de la poesía del agua. Entonces surge la belleza esencial del paisaje de Liria: la presencia del agua. Agua y roca. Porque el paisaje de Liria es oriental. No el monte rocoso y áspero propio del terrazgo de meseta; ni el cabezo murciano; ni los montes húmedos de la Ribera; ni las colinas voluptuosas de Gandía. Este paisaje es armonía oriental nacida del contraste del agua y el roquedal. Subiendo al cerro de San Miguel, soñaré con la irrupción de D. Jaime en este valle. Y vagando por Costanillas y altas callejas tortuosas, veré el horno árabe que aún espera; y la iglesia románica de la Sangre—la más vieja del antiguo reino—, abriendo la flor medieval de su portada. Contemplaré el palacio del Duque de Liria, en cuyos salones se oirá todavía el sarao que celebra el duque de Berwick; y la apoteosis barroca de la portada de la Asunción. Y...

RICARDO DE VAL

